



## CAPÍTULO IX

### EL OFICIO DEL CORPUS CHRISTI

**M**ARAVILLOSO es Dios en sus obras, dice el profeta David: y esas obras son tanto más admirables y excelentes cuanto de un modo más adecuado y perfecto declaran las magnificencias de su divino Autor.

Los cielos cantan la gloria de Dios y la grandeza de su poderío anuncia el firmamento: el día pronuncia una palabra de bendición con sus encantos y la noche con sus arrullos predica la ciencia del común Señor. (1). Los montes se cubren con su sombra y Dios es quien hace fértiles á los cedros más empinados (2). A su mandato, saltan las aguas del seno de las piedras y forma con las corrientes los ríos (3). Ordena á las nubes de lo alto y abre con su mano las puertas del cielo

(1) Psalm. XVIII, 1, 2.

(2) Ps. LXXIX, 11.

(3) Ps. LXXXVII, 16.

de donde descende el purísimo rocío (1). Mira á la tierra y la embriaga en dulcedumbres infinitas, y se cubren los campos de verdura, se hacen fértiles los desiertos y los collados se inundan de alegría (2). Del rostro del Señor brota la luz, en sus manos está la fortaleza y puestos en su presencia el sol y la luna, marchan á su imperio como nimbos de la divina gloria (3). El arregló los cimientos de la tierra y lanzó los astros en el espacio. Él reunió las aguas de los mares y haciéndolas una señal en la orilla, díjolas con imperiosa voz: Hasta aquí llegaréis y no pasaréis más adelante porque yo quebrantaré las espumas de vuestras olas. El Señor hizo de las nubes su trono, abrió camino á la luz, mando caer la lluvia y puso á los dos luceros matutino y vespertino como símbolos de su hermosura (4).

Por eso Fr. Luis de León llamaba al universo «una como escuela de amor puro y verdadero» y Fr. Luis de Granada, compara la creación á una carta y presente que Dios nos envía para enamorrarnos con sus dones, á un viril por do clareamos las divinas grandezas, á un libro abierto y compuesto de letras muy primas é iluminadas que nos hablan de Dios y á una música acordada de di-

(1) Id. v. 7

(2) Ps. LXIV, 9, 12 y 13.

(3) Habakuc, Cap III.

(4) Job. Cap. XXXVIII.



versas voces que son las criaturas «predicadores de su Hacedor, testigos de su nobleza, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestro olvido, estímulos de nuestro amor y condenadores de nuestra ingratitud» (2).

Y si tan hermoso y magnífico aparece el Señor en el concierto de la naturaleza y entre los esplendores del universo visible, mucho más admirable y magnífico resulta en las manifestaciones de su gracia y en las maravillas del orden espiritual. Un corazón es más hermoso que un campo de flores, un alma es más misteriosa que el cielo estrellado, y la santificación de un individuo es más excelente obra que la creación de las montañas y de los collados. Y es porque en la naturaleza se descubren las huellas y las pisadas de Dios; pero en la gracia se descubre al mismo Dios con su gloria y majestad ya que sabemos que la gracia es un *ser divino* que levanta al hombre á la dignidad de hijo de Dios y heredero del cielo. Por eso la Redención, la predestinación por Jesucristo, la constitución y la subsistencia de la Iglesia y todos los demás misterios de la esfera espiritual, son harto más grandiosos que todos los encantos del orden material y reportan al hombre mucho más ricos beneficios que todas las misericordias con que el

(1) Introducción al Símbolo de la fe.—Parte primera Cap. II.

cielo y la tierra nos brindan cada día diciéndonos que amemos al Señor.

Entre todos los misterios y encantos del orden sobrenatural, brilla con singularísimos esplendores y aparece rodeado de mágicos atractivos el Augusto Sacramento del Altar, Pan vivo bajado del cielo, Maná de inefables delicias, banquete riquísimo de gracias, mantenimiento lleno de dulzuras y de incomprensible suavidad, testamento de la caridad infinita y postrera manda del amor de Jesucristo al volverse al seno de su eterno Padre.

Venerado el augusto Misterio de la Eucaristía en todos los tiempos, desde la noche de la Cena con Jesucristo hasta en las Catacumbas de Roma y después en todos los templos católicos del mundo, fué mirado el Santísimo Sacramento como la gloria más alta de la Iglesia y el tesoro más precioso de la cristiandad. Faltaba sin embargo una fiesta solemne dedicada de lleno en lleno á celebrar las excelencias de tan venerable Institución, pues si bien se le honraba á diario en el sacrificio de la Misa y en el Tabernáculo de los altares, y si bien es cierto que el Jueves Santo estuvo siempre dedicado á conmemorar la institución de la Eucaristía llamándosele por antonomasia el *día de la Cena* (Feria V. in Coena Domini), ni lo primero bastaba, ya que con el uso frecuente y visión continuada de las cosas por grandes que sean, vienen éstas á trivializar-



se para la masa de las gentes, ni tampoco podía bastar lo segundo, puesto que, ocupada la Iglesia toda la semana Santa ó Mayor en recordar los dolores y la Pasión cruentísima del Salvador, apenas si los fieles podían quitar sus ojos de la calle de la Amargura y del Gólgota para detenerse en el Cenáculo y admirar á Jesús instituyendo el Sacramento Augustísimo de la Eucaristía.

Movido por estas razones, por alguna revelación de almas santas (1) y por la ternura de su amor hacia Jesús Sacramentado, el Papa Urbano IV, determinó instituir una festividad solemnísimá dedicada de plano á conmemorar las gracias infinitas encerradas en el Santísimo Sacramento. Los pueblos cristianos debían entusiasmarse en presencia de su Libertador, y el Rey de los reyes, expuesto solemnemente en los altares ó llevado en triunfo y entre nubes de incienso y acordes músicos por las calles y plazas públicas, recibiría la adoración pública de sus criaturas aclamándole por su Dios y doblando todos los seres las rodillas ante el nombre de Jesús.

Sólo faltaba el Oficio digno de tan alto Sacra-

(1) Santa Juliana y el V. P. Fr. Hugo de San Caro, fueron quienes rogaron al soberano Pontífice, que señalase un día en el que la Iglesia honrara la memoria de la Institución eucarística. De esto á decir que Santa Juliana ú otro que no fuese Santo Tomás escribieron el Oficio del Corpus, hay un gran trecho y un gran absurdo.

mento, el canto adecuado para tal solemnidad. Y Urbano IV, sin vacilar un instante, encomendó la composición del Oficio del *Corpus Christi* á Santo Tomás de Aquino ya que él era el Príncipe de los teólogos, el Ángel de la pureza, el vate inspirado que disponía de alma fecundísima para cantar con plectro *sabiamente meneado* las misericordias y las dulcedumbres del Señor (1).

Y en efecto: aquel niño bendito que en las soledades de Monte Casino preguntaba anhelosamente por su Dios; aquel mancebo angelical que vestido con blanquísimo hábito en Roca-Seca supo salir triunfante y coronado en el palenque donde tantos cedros han venido á tierra; aquel Sacerdote venerable que en presencia de la Hostia santa, vertía lágrimas de ternura y derramaba su corazón enamorado; aquel Salomón incomparable que era el asombro de las Universidades por los tesoros de

(1) Dice la tradición que encargados á la par de la redacción del Oficio eucarístico Santo Tomás y San Buenaventura, y llamados el Ángel y el Serafín á la presencia del Pontífice que había de examinar ambas composiciones, mientras el Doctor angélico leía su hermosísimo Oficio, el Doctor seráfico San Buenaventura rompió en pequeños pedazos el que acababa de componer, pareciéndole que en parangón con el de Santo Tomás, su Oficio no merecía la pena de leerse siquiera. Con esto prevaleció el Oficio compuesto por Santo Tomás que es el usado por la Iglesia en la festividad del *Corpus Christi*. El crítico Padre Tourón no admite esta comisión del Papa á San Buenaventura. (Tomo I. Lib. II Cap. XIII.)



ciencia que se encerraban en su cerebro gigantesco; aquel Tomás de Aquino que era el Águila soberana que cernía sus hermosas alas en alturas atrevidísimas é inaccesibles para los demás mortales, era sin género de duda, el verdadero y único escogido para la composición del Oficio que debía ser cantado al más tierno de los misterios y en la más clásica y peregrina de las festividades religiosas. (1)

Y ¡cuán magnífico salió de la mente y del corazón del angélico Maestro ese himno bendito con que la Madre Iglesia honra á Jesús Sacramentado!..

Cuando los templos de la Ley de gracia, inundados de luz y henchidos de armonías celestiales, abren de par en par el tabernáculo santo y entre espirales de incienso y cercada de rosas y palmas de oro aparece la sacratísima venerable Hostia, al oírse el misterioso *Tantum ergo Sacramentum* cantado por los sacerdotes de la casa del Señor y acompañado por las notas dulcísimas del órgano, el alma se extasía en presencia del *Amado* y enamorada con las delicias de Jesús, quédase suavemente dormida en el amor infinito de su Dios, olvidase de los cuidados y de las baraúndas de la tierra y transfórmase místicamente en Jesús á

(1) El mismo Santo Doctor pidió al Sumo Pontífice la institución de esta fiesta del Corpus como recompensa de sus *Obras* tan estimadas de Urbano IV. Véase Tourón, lugar cit.

quien descubre con los ojos de la fe entre los velos de la sacrosanta Eucaristía.

Cuando en el incruento Sacrificio de la Misa, se ofrece al Padre celestial la Hostia saludable y bendita como víctima espiatoria por los pecados del mundo, los labios siguiendo el sentimiento del corazón, celebran al Dios Sacramentado y cantan sus misericordias diciendo con Santo Tomás:

Lauda, Sion, Salvatorem,  
Lauda ducem et pastorem  
In hymnis et canticis.

. . . . .  
Bone Pastor, Panis vere,  
Iesu nostri miserere;  
Tu nos pasce, nos tuere,  
Tu nos bona fac videre  
In terra viventium.....

Cuando en solemne y magnífica procesión, sale de los templos cristianos el Dios de la caridad y de la gloria, colocada la Custodia sobre hermosísima carroza (1); cuando la bandera nacional cae á los pies del Rey del cielo y las armas se inclinan y rinden al paso del invictísimo Caudillo; cuando

(1) Hay poblaciones donde, como en Palencia, Toledo, Bilbao etc., las Catedrales ó Iglesias poseen soberbios carrostriunfales de oro y plata sobre los que va colocado en un templete el viril que suele competir en mérito y trabajo artístico con la carroza.



los militares baten el himno patrio y los cañones disparan las salvas de ordenanza al atravesar las calles el Príncipe de la paz y el Señor de la fortaleza; cuando las campanas alegran los aires con sus timbres y los pueblos henchidos de júbilo saludan y bendicen á su Libertador soberano; cuando toda la naturaleza parece como que estalla en suspiros de amor y de regocijo y ofrece el lujo de sus maravillas y encantos para festejar al común Hacedor, entonces suben al trono de Jesús Sacramentado las preces fervorosas de las almas que repiten con el angélico Poeta:

Sacris solemnibus iuncta sint gaudia  
Et ex praecordiis sonent praeconia:  
Recedant vetera, nova sint omnia,  
Corda, voces et opera.....

Y cuando sin tanta solemnidad externa, aunque con idéntico amor, sale Jesús en la Eucaristía á visitar al enfermo cuya alma se encuentra próxima á partir de este mundo á la eternidad, entre las lágrimas de los que se despiden, entre los suspiros del que muere, entre las sombras y tristezas que rodean la ceremonia, óyese como música del paraíso y como llamada amorosa de serafines aquella hermosa estrofa del inspirado Maestro:

O salutaris Hostia  
Quae coeli pandis ostium!

Bella premunt hostilia;  
Da robur, fer auxilium!....

Tan bello y celestial es el Oficio compuesto por Santo Tomás de Aquino. Toda la Iglesia lo adoptó por suyo, los ángeles lo cantan ante el trono del Cordero, los serafines lo repiten día y noche adorando á Jesús tras los velos eucarísticos, los poetas lo miran como fuente abundosa de inspiración, los músicos lo acompañan con notas de inefables armonías, los artistas todos lo simbolizan en sus obras, los santos hacen de él su meditación continua, y los peregrinos de la tierra que suben al cielo por el áspero via-crucis de este destierro de quebrantos, entonan á Jesús en la Eucaristía estrofas del himno soberano compuesto por Santo Tomás, pidiendo al Pan de los fuertes auxilio y robustez para no desmayar en las continuadas luchas de la vida y celebrando las finezas del corazón divino oculto en el Sagrario. Por eso le dicen:

O res mirabilis; manducat Dominum,  
Pauper, servus et humilis!

